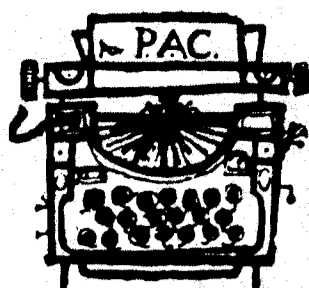


escrito a máquina

LA HORA DIFÍCIL



Cualquiera que sea la idea que tengamos sobre la autoridad del Pontífice de Roma, hay algo que nadie puede negar y es que está colocado en una situación cumbre desde donde se percibe, con abundante información y talvez antes mejor que desde las cimas de las potencias, el panorama del mundo.

Pablo VI, desde su posición íntima, acaba de llamar la atención a la humanidad en una locución que nosotros, a quienes siempre nos cogen las cosas por sorpresa, debemos meditar.

“Una hora difícil ha sonado para el mundo, dijo el Papa.— El que está acostumbrado a consultar el reloj de los tiempos históricos, en los que se desarrolla la vida del mundo, se da cuenta de que la hora del bienestar, a la que estábamos ya acostumbrados, ha pasado”.

El Pontífice explica que “no es que haya pasado la edad del progreso, pues éste promete todavía nuevos avances”, sino que lo que ha caducado es la concepción de una existencia fácil, entrada en la riqueza, sin responsabilidades mayores y sin sacrificios por los demás.

El andamiaje sobre el cual descansaba el fácil negocio, el bienestar, la comodidad de los estudiantes y las promesas de un mayor enriquecimiento, ha crujido. Se ha roto a nivel mundial. ¿Significa esto una catástrofe? — El Pontífice no lo juzga así. Lo llama “hora difícil”, lo llama “pausa, no breve, de obligada austeridad”, pero de sus palabras se desprende que si tal crisis es afrontada con verdadera solidaridad humana, con laboriosidad, con mayor promoción social y con amor y espíritu de sacrificio, la “pausa” puede ser incluso beneficiosa.

Ahora preguntémosnos: ¿Existe en Nicaragua el clima, o siquiera la posibilidad de crear ese ambiente defensivo contra el mal tiempo que se avecina?

Acabamos de pasar por la catástrofe del terremoto. Ante sus efectos cualquier persona de juicio sano se hubiera aventurado a pronosticar que el golpe tremendo, que nos solidarizaba en el dolor, iba a producir un cambio, tanto en el orden social —nivelando en lo posible las grandes desigualdades e injusticias anteriores,— como en el orden moral, frenando el desbocado enriquecimiento, los abusos de autoridad y los atropellos al derecho ajeno y al bien común. Pero la catástrofe no produjo esa obvia moraleja, sino mayor inmoralidad.

Pablo VI acusa como causa del resquebrajamiento de la economía mundial a las formas

agresivas y homicidas de su manejo. “Hemos convertido la vida social —dice— en un campo de batalla sin tregua y sin amor”. Tanto en las relaciones económicas de unas naciones contra otras, como dentro de las mismas naciones, la agresividad y deshumanización, que produjeron ciertamente riqueza (riqueza frecuentemente manchada de sangre), produjeron también mayor agresividad en las respuestas hasta que se rompió la armonía mínima que cualquier operación necesita para subsistir. Este espectáculo de agresividad mundial —que cierra el camino a las soluciones— ¿no lo estamos repitiendo nosotros, en las proporciones de nuestra pequeñez, en la vida socio-económica de Nicaragua, también “sin tregua y sin amor”?

¿Qué sucede en una sociedad que ha roto todos sus vínculos de solidaridad social cuando, de pronto, suena en su reloj “la hora difícil”?

Problema grave que debe obligarnos a serias reflexiones y que debería ser uno de los temas fundamentales del sector privado en su Convención Nacional. ¿Va a cargar el nicaragüense —ya dolorosamente abatido por tantas desgracias— con los resultados de la imprevisión, inmoralidad e insensibilidad social del sistema que nos domina, al sonar esta hora difícil del mundo? ¿Cómo lograr que el país consciente y responsable no pague las consecuencias de la irresponsabilidad y de la inconsciencia?

¿Cómo hacer para que se produzca —contra la presión corruptora que viene de arriba— el clima de solidaridad humana, de sobriedad, de justicia y comedimiento, de desinterés y honradez en la administración del bien común, que Nicaragua necesita para cruzar —sin que se produzca el caos ni la violencia— esa “pausa, no breve, de crisis” que se avecina?

¿Existirá entre nosotros una reserva de sensatez y una reserva de voluntad, que nos permitan aprovechar —con sentido humano y nacional— esta nueva “hora difícil”, ya que no hemos sabido hasta ahora aprovechar la terrible lección del terremoto?

Porque hasta hoy la riqueza ha tenido fuerzas y medios para cubrir sus propios agujeros. En cambio, lo que hoy se anuncia es una crisis de esa fuerza y de esos medios. Por lo tanto, lo único que nos queda es salvar la fuerza moral del país. Es nuestra única antorcha si queremos luz al anunciarse la noche.

PABLO ANTONIO CUADRA